BIBLIOTECA
LA CULTURA CUBANA
DIRIGIDA POR CARLOS DE VELASCO
VOL. II.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

DE LA COLONIA A LA REPÚBLICA

SELECCIÓN DE TRABAJOS POLÍTICOS,
ORDENADA POR SU AUTOR

La Habana
Sociedad Editorial Cuba Contemporánea
O'Reilly, 11.
1919

X

EL FRACASO COLONIAL DE ESPAÑA

I

PERIODO COLONIAL

CONFERENCIA DADA EN STEINWAY HALL, LA NOCHE DEL 12 DE NOVIEMBRE DE 1896.

Señoras y señores:

BUENA y fecunda es la idea que nos reune aquí esta noche. Llamado a colaborar en ella, a propender a su desarrollo, debo empezar por rendir mi aplauso a los que la han concebido, con tan clara percepción de una de las necesidades más apremiantes de nuestra colonia, ante las perspectivas que nos abre la revolución, que ha de devolvernos a la patria libre.

Ha querido el benemérito club "José Martí" que nos congreguemos para tratar de asuntos de "educación política". Fuera del campo de actividad en que ha prestado tan valiosos servicios, ningún otro objeto más alto pudiera proponerse. Propender a la educación política es propender a que se enriquezca la inteligencia del pueblo con los datos y nociones que le sirvan para dirigir su razón a la consecución de los fines sociales. Es propender a que esté en aptitud de dirigirse por sí mismo; de tal modo que al cabo las leyes que se dé, para regular su actividad, no sean el resultado de impulsos inconscientes, sino la expresión clara y compendiosa de los dictados de la razón colectiva.

Penetrado así del previsor propósito a que obedecen estas conferencias, se me ha ocurrido, sin gran esfuerzo, que nuestra historia y la de los pueblos afines del continente americano nos está como brindando una de las mayores lecciones políticas, y a la vez las más adecuadas y necesarias para nosotros, que pudiéramos encontrar en los tormentosos anales de la humanidad. La triste lección que se desprende del doble fracaso colonial de España. Su aplicación inmediata será el considerar el estado social y político de los pueblos hispano-americanos del continente, al conseguir su independencia, para cotejarlo con el de Cuba al comenzar su segunda guerra de emancipación.

Antes de entrar de lleno en asunto tan vasto, debo hacer dos advertencias a mi benévolo auditorio. No es mi propósito, porque a ello no alcanzarían mis fuerzas ni mis conocimientos, ni para ello daría espacio el breve tiempo de una disertación, estudiar a fondo el tema interesante que he señalado. Voy a presentar sólo aquellos puntos capitales, que sirven de jalones al pensamiento y le permiten orientarse entre el dédalo de los pormenores secundarios; los más ricos de significación, los más sugestivos, aquellos a cuya luz todos los sucesos parciales, que puedan descubrirse y añadirse luego, sirven sólo de corroboración a los juicios y a las generalizaciones a que, por medio de los primeros, se había llegado. Y debo advertir además que sólo me guía el deseo de ser verídico y justo. Aunque pocos espectáculos sean para mí más melancólicos que el de los errores seculares de España, porque han pesado y pesan con fuerza abrumadora sobre Cuba y los cubanos, no ha de perturbar mi ánimo la pasión al juzgarlos. Si hay sombras, muchas más sombras que luz en el cuadro, no las ha puesto el pintor. Y si no parecen lisonjeras mis consideraciones a los pueblos hermanos del continente, entiendan desde luego que no envuelven censura; porque ellos, como nosotros, han sido sólo víctimas de un sistema inicuo; y de ninguna suerte podían ser responsables de la triste herencia que se encontraron, como ponderosa carga, sobre sus hombros.

Como en la evolución de los seres orgánicos la generación marca el máximum de desarrollo, es, por decirlo así, una forma extrema de crecimiento; en la evolución de las sociedades la colonización marca la forma más completa de la expansión nacional. Pero lo mismo que hay generaciones prematuras o demasiado tardías, que dan productos endebles, cuando no poco viables, hay colonizaciones que no son plenamente normales, y están destinadas a dar productos mal adaptables y poco vigoro-

sos. Si esto es así, la primer pregunta que nos impone nuestra pesquisa es: ¿Fué normal la expansión de España? Para que lo sea la de cualquier sociedad, han de concurrir en ella las condiciones siguientes: población no escasa, industria floreciente, capital abundante, sanas ideas políticas. De ninguna de ellas podía gloriarse España.

Las guerras civiles, entre españoles cristianos y españoles mahometanos, habían durado siglos, aunque con intermitencias, segando la flor de la juventud masculina, y robando brazos al trabajo productivo. Todavía no habían terminado ante los muros de Granada, y ya la ambición inquieta de los reyes aragoneses había empezado a derramar sangre española en campos extraños, donde sólo habían de recoger cosecha de conquistas efímeras y odios duraderos. No podían sobrar hombres en España. No hemos de extrañar, pues, la lentitud con que se pueblan las tierras descubiertas, en palpable contraste con la rapidez de la conquista. Más de medio siglo después del descubrimiento, apenas llegan a quince mil españoles los que hay en toda América; que son menos de trescientos inmigrantes por año.

El suelo español es muy desigualmente fértil, y estaba además abandonado. Había algunas industrias famosas, pero sin espíritu expansivo, y entregadas en buena parte a la población sojuzgada, que se consideraba por los vencedores como elemento extraño y nocivo, y que se deseaba expulsar; como, al fin, se realizó, con quebranto irreparable de la capacidad productiva de la nación. El estado de la industria española se revela por las ideas absurdas que se abren paso con motivo del comercio con las nuevas colonias. Viendo el encarecimiento de los artefactos, efecto de la escasa producción, las Cortes de Valladolid de 1548 lo atribuyen a "la saca de mercaderías para las Indias", y piden que se prohiba la exportación.

La pobreza ha sido siempre planta indígena en España. La estrechez perpetua del erario ha sido un mero exponente de la falta de caudales para vivificar las empresas privadas. Cuando el famoso primer viaje de exploración, la leyenda de las joyas de la Reina Católica demuestra, hasta la saciedad, la penuria que ponía obstáculos a los mayores designios. Lejos de traer capitales a América, lo que precipitó a los españoles a sus riesgosas aventuras fué el ansia de buscarlos.

En cuanto a ideas políticas fecundas, las que bullían en la mente del pueblo español, al fenecer el siglo XV, pueden columbrarse por la facilidad con que fué dejándose desposeer de las franquicias que habían ido conquistando los municipios fron-

terizos de los moros, con que fué cediendo toda iniciativa en sus sedicientes Cortes, con que fué olvidando hasta el derecho de representación, para caer en el sojuzgamiento político más absoluto de que hay memoria en los tiempos modernos. Los principios políticos que trasplantan los españoles al Nuevo Mundo se dan a conocer en este hecho, entre todos significativo. En los comienzos de la conquista, donde llega a constituirse un cabildo, se atribuye facultades de gobierno, que van hasta reemplazar las autoridades ejecutivas. Pero esto no es sino una llamarada, que se apagó poco a poco, sin dejar ni cenizas. Mientras en la América inglesa, el espíritu de autonomía local nace robusto y va siempre en aumento, en la española nace raquítico, y muere apenas nace.

La conquista de América fué para los españoles una colosal aventura. Turbas de segundones famélicos, mal resignados a dejar ociosa la espada, vislumbran a través del Atlántico tormentoso mayorazgos inmensas. La codicia los espolea y los deslumbra. No sueñan sino con *El Dorado*, donde los pedruscos son diamantes, y con Jauja, la tierra donde se come, se triunfa y no se trabaja. El fanatismo pronuncia las últimas palabras del conjuro. Son un pueblo elegido que va a sojuzgar infieles. El espíritu de proselitismo, que anima a unos pocos, va a servir de manto vistoso a los ruines impulsos de la gran mayoría. Allá van los españoles con la espada en alto y la cruz en el pendón, a talar, a saquear y, en apariencia al menos, a catequizar.

España encontró en el Nuevo Mundo pueblos inermes, como los siboneyes, tribus salvajes guerreras, aisladas y enemigas entre sí, como los araucanos y los aucas, o naciones enervadas por un largo y acaparador despotismo, como la de los chibchas y aimaraes. La conquista no le fué difícil; sobre todo reducida como estuvo a ocupar los lugares más accesibles, a sojuzgar los indios más mansos, y dejar inmensos espacios inocupados, y a las tribus belicosas campando por su respeto en sus abruptas soledades. De todos modos se vió, sin pensarlo, envuelta en la más ardua empresa que puede acometer un pueblo que sabe ser o tiene que ser educador: la de infundir una nueva civilización en pueblos de cultura nula, rudimentaria o radicalmente diversa a la que se les aporta. España no era capaz de esa tarea, ni supo comprenderla. Por eso se limitó a dominar tenazmente lo que tuvo a su alcance, y a explotar, sin freno ni previsión, lo que pudo dominar. Lo que llamaba, en su lenguaje hipócrita, convertir a los indios, defenderlos y educarlos, era mantenerlos en la más degradante servidumbre, para tratarlos como bestias

de carga y de trabajo, y estrujarles la vida a fin de hacerlos producir oro para su codicia insaciable. Ya los dejara mezclados con los blancos, ya los aislara en comunidades exclusivamente de indígenas, era siempre con el fin de entregarlos a la avaricia del europeo, que los hacía sudar con la sangre el precioso y anhelado metal. Por eso, cuando el dolor más que la ira encendía la dormida furia del pobre indio, si lograba apoderarse de alguno de sus tiranos, era frecuente que lo ahogase echándole en las fauces oro fundido, como fué ahogado por los araucanos el cruel Valdivia. Si fiero y homicida era el trato que recibían en las minas, no lo era menos el que les aguardaba en las plantaciones. Si duro era el corregidor que les imponía los repartimientos, tan sin entrañas se mostraba el cura que les exigía la prestación personal. Nueve millones de indios, calculan los historiadores que fueron sacrificados en las minas; tres, dice un viajero sagaz que perecieron en las fincas de campo. Esta matanza horrible era lo que llamaban los españoles cristianizar los indígenas. Es verdad que los bautizaban en manadas, y así les daban el pasaporte para la bienaventuranza en otra vida; mientras convertían en infierno su mísera existencia en ésta.

Con el propósito de aligerar el yugo de los indios—así lo dijeron sus filántropos—, trajeron esclavos de Africa a las tierras de América ya esclavizadas. Llenaron así los huecos que iba dejando la horrible mortandad de los indígenas; y en vez de una raza, tuvieron dos que envilecer y pisotear. Proclamaron mentirosamente que habían roto las cadenas del hombre cobrizo, y lo que hicieron fué atar a su mismo ramal al hombre negro. Así fué doble su crimen, y más punible su maldad. Porque mientras reconocían el mal y hacían propósito hipócrita de enmendarlo, en realidad y a sabiendas lo agravaban y perpetuaban. Desde entonces comenzó el gobierno español a practicar la que ha llegado a ser máxima cardinal de su política americana: proclamar reverentemente el derecho en las leyes, y conculcarlo sin rubor ni miramiento en la práctica. La frascología pomposa de sus ordenanzas, en que se rinde culto sumiso a la justicia, contrasta con los desafueros de los encargados de aplicarlas, sin más norma que su pasión o sus apetitos. Así podría aplicarse a ese gobierno, lo que un viajero coetáneo ha dicho del imperio chino: que todo su empeño es *hacer creer*. Los edictos imperiales y las proclamas oficiales están llenas de protestas en pro de todas las virtudes. Pero la práctica contradice sin rebozo todas y cada una de esas hermosas frases. Mr. Douglass ha hecho, sin pensarlo, el vivo retrato de las Leyes de

Indias. Los americanos podríamos, a nuestra vez, decir que su espíritu se resume en estas dos palabras: hipocresía y mistificación.

La conquista se había hecho por la Corona y para la Corona. Con tal de que ésta retirara pingües rentas del aventurado negocio; es decir, que se le dejara la mayor parte del botín, estaba dispuesta a cerrar los ojos sobre las tropelías de sus copartícipes. Puestos a salvo su dominio absoluto y su poder soberano, no tuvo inconveniente en entregar el país a los aventureros militares y al clero, para que, so color de civilizarlo, se beneficiaran sin cortapisas de sus naturales riquezas. Por eso lo único que se organizó sabiamente en América fué el pillaje, el saqueo metódico y regular del país y sus habitantes. Después de pacificados los españoles del Perú por Lagasca, hubo mero empleado que obtuvo en recompensa bienes que le producían de 150,000 a 200,000 pesos anuales. Todo el valle de Oaxaca fué dado en mayorazgo a Cortés y sus descendientes. Tal virrey que llegó al Perú sin blanca, en sólos tres años se llevó a España una fortuna de 5.000.000 de pesos. Entre los mayorazgos y los bienes de manos muertas tenían acaparado el territorio. El clero era, por lo menos, tan voraz como la nobleza. Humboldt nos dice que en México se encontraban provincias donde el 80 por ciento de las tierras pertenecía a la Iglesia. En 1620 los conventos de Lima ocupaban más que el resto de la ciudad. Todavía dos siglos después, en 1840, el viajero alemán Von Tschudi encuentra la cuarta parte del área de esa ciudad ocupada por las casas de religiosos. Los clérigos formaban ejército. En 1644 pululaban en el virreinato de Nueva España seis mil sacerdotes sin destino. En el siguiente siglo asegura Campillo que el gran recurso de los hijos de familias decentes, que no se inclinaban al comercio, era hacerse capellanes. Por lo que abundaban, fuera de todo orden racional, los clérigos y las capellanías.

Todo estaba previsto en América y todo estaba destinado para la mayor eficacia de la explotación. No se trataba de cultivar, de producir ordenadamente, para que la prosperidad se esparciera, y las utilidades, fruto del trabajo metódico, cayeran en lluvia fecundante sobre la población laboriosa. Se trataba de arrancar de prisa a la tierra lo que encerraba o naturalmente producía, el metal precioso, la madera de tinte o de construcción; y de convertir al hombre en máquina para el laboreo de la mina, el cuidado de los rebaños o la escasa labranza del suelo. Si la tierra se esterilizaba y el hombre se pudría en la miseria más abyecta, eso no empecía que fueran los galeones cargados

de tributos para el rey, o que frailes, burócratas y nobles vivieran en el fausto y los vicios, sin otra mira que satisfacer los caprichos de la vanidad desbordada o los apetitos de los sentidos febricitantes. Para ese grupo de privilegiados, América había llegado a ser de veras la Cólquide famosa del áureo vellocino, el encantado jardín de las Hespérides; y ocultar sus tesoros a las miradas codiciosas, o hacerlos inaccesibles a los intrusos ávidos, era la preocupación dominante de sus felices poseedores.

En su política colonial, España se propuso esta quimera: secuestrar un continente inmenso. Todo extranjero era sospechoso, más aún, peligroso. La ley pretendía encerrar el Nuevo Mundo dentro de una muralla más imponente que la que corre por leguas en las vastas llanuras tártaras. Pena de muerte y de confiscación tenía el que comerciase con extraños. Y donde no alcanzaba la ley secular, alcanzaba la ley eclesiástica, cuyos rayos no tenían nada de espirituales. So pretexto de combatir la herejía, la Inquisición en América tenía extendido su brazo sobre los extranjeros que lograban romper las mallas de la legislación civil. Los que se vanagloriaban ante el mundo de haber puesto fin a los cruentos sacrificios con que se pretendía apaciguar la ira de deidades bárbaras, alzaban impudentes sus cadalsos infames, y encendían en ellos la pira en que sacrificaban víctimas inocentes a un dios que llamaban de paz y de progreso. Pero los aztecas y los incas degollaban cautivos por ciego fanatismo, mientras que los españoles quemaban extranjeros pacíficos por codicia celosa y vigilante. Tras el suplicio venía la confiscación de los bienes. Once portugueses fueron quemados vivos en Lima el 23 de enero de 1639. Todos eran ricos, y sus riquezas fueron secuestradas.

El contacto con los extranjeros era vitando en cualquier forma. Un americano no podía educarse fuera de América; no podía viajar sin un permiso difícilmente concedido. Las ideas que pudieran venir de fuera se miraban con tanto recelo como los hombres. La Inquisición era un Argos para husmear los libros nefandos. Sus familiares podían allanar de día y de noche los domicilios para buscar las obras prohibidas. Las penas que castigaban a los que se atreviesen a venderlas eran severísimas: multa, destierro y suspensión del tráfico. Ante el peligro de la infición de las malas doctrinas, no había privilegios. El virrey del Perú, conde de Alba de Aliste, tuvo graves desavenencias con el terrible Tribunal, por un folleto del holandés Guillermo Lombardo. La traducción de los *Derechos del hombre* hecha por Nariño, ya muy adelantado el siglo XVIII, pro-

dujo gran excitación en Colombia, dió origen a un ruidoso proceso, que culminó en la deportación del ilustre traductor.

Toda sociedad que se aisla, se estanca y se corrompe. Hay dos grandes fuerzas que dan movimiento al curso vital en esos grandes organismos: la imitación y la invención. Cuando no hay contacto con pueblos extraños, la imitación se reduce a la repetición monótona de los mismos procedimientos, y constituye la ciega rutina; y a la invención falta el gran estímulo de la novedad de situaciones, que pone a contribución el ingenio para facilitar la adaptación, y por tanto se depaupera y atrofia. Por las condiciones mismas de la existencia social, para un pueblo no avanzar es retrogradar. El mundo americano, condenado forzosamente al aislamiento, estaba destinado a presentar el triste espectáculo de una sociedad decrépita antes de la juventud. Bajo la forma externa de una organización social vieja, con sus funciones de gobierno, sus jerarquías y sus castas, se escondía un estado rudimentario y a las veces caótico de los órganos y funciones primordiales para la vida en comunidad.

Al mediar el siglo XVIII, después de dos largas centurias de colonización, cuando se inicia la crisis que ha de culminar en las convulsiones revolucionarias, el cuadro que presenta la América Española es uno de los más sombríos que puede contemplar el sociólogo. Empezando por las manifestaciones primarias y esenciales de la vida social, que son las económicas, y acabando por las más elevadas que son las políticas, todo parece tocado de anemia incurable o revela un virus que corrompe y mata.

Para conocer en resumen el estado económico de un país, no hay como fijarse en la circulación, porque es siempre la primera función que se organiza metódicamente. A este respecto era todo rudimentario en América. Los españoles no supieron conservar ni lo que habían hecho los bárbaros. Las grandes calzadas y los atrevidos puentes construidos por los Incas, una de las maravillas de la extraña civilización de los hijos del sol, habían caído en tal abandono que don Jorge Juan y don Antonio Ulloa los encontraron casi destruídos. Con vergüenza tuvieron que confesar que no habían sido reparados desde la conquista, y que el descuido y la impericia de los españoles eran responsables de la ruina de esas grandes obras y de la no menos útil y grandiosa de los acueductos. El comercio intercolonial, dificultado con rigor extremo por las leyes, era casi imposible por la falta de comunicaciones. En un mismo territorio las poblaciones importantes vivían del todo aparte, por las

incomodidades de los caminos, donde por acaso existían. Se ha llegado a decir que en esta deficiencia intervenía una idea política. Depons afirma que los españoles creían peligroso que hubiera un buen camino entre La Guaira y Caracas. En los puertos mejor situados, los derechos de introducción eran más considerables. La única comunicación de estos inmensos países con el resto del mundo, parece sueño, eran por dos o tres lugares privilegiados en toda América y con una sola ciudad en toda Europa. Una vez al año salían los galeones de Portobelo y la flota de Veracruz y se reunían en la Habana, para seguir en conserva hasta Sevilla, más tarde hasta Cádiz. En vez de una circulación regular y continua, se tenía así una circulación intermitente que determinaba un aflujo anormal de mercaderías, en ciertas épocas, seguido de parálisis. De aquí nacían irritantes monopolios, ganancias fabulosas para algunos, ruina y pobreza para el mayor número. Nada era más fácil, gracias a ese sistema absurdo, que acaparar los géneros de comercio y dictar la ley al mercado, conservando las existencias bajo el nivel que requería el consumo. De este modo los mercaderes españoles, según los sabios viajeros ya citados, obtenían beneficios de 100 y 300 por ciento; pero los colonos americanos pagaban con encarecimiento proporcionado los artículos de mayor necesidad, sobre todo el hierro y el acero, los grandes auxiliares de la industria. Los medios de comunicación nos conducen a los tiempos primitivos de la historia, el hombre cargaba como la bestia; había recuas humanas, como recuas de mulos. En los países de la plata, tan deficiente y mal organizada se encontraba la circulación monetaria, que en muchos lugares subsistía el trueque directo. No pocos años después de la independencia, un viajero se encuentra con que en Jauja, singular sarcasmo, los huevos sirven de moneda. Como último rasgo, baste consignar que la unión postal en los dominios españoles no se estableció hasta los tiempos del Conde de Floridablanca, y aun entonces se consideró como un atentado contra la seguridad nacional.

Después de las necesidades económicas, las más imperiosas en el organismo social son las que conducen a la constitución de la familia. Aquí no encontramos atraso en América, sino verdadera regresión. Hay lugares, como el Paraguay, donde los españoles establecen la poligamia. De un vecino principal, Irola, se sabe que tuvo a la vez siete mujeres, todas hermanas. La esclavitud trae su secuela forzosa, la prostitución doméstica. El celibato obligatorio corrompe lo que podía quedar incólume de las costumbres. No he de referir lo que cuentan observado-

res muy españoles y muy católicos de los desórdenes del clero, alto y bajo, ni de la vida relajada que se llevaba en los sedicientes encierros claustrales. Juan y Ulloa tomaron, sin querer, la pluma de Petronio para narrarlos. En sus memorias secretas, vaya a leerlos el que desee convencerse de los tristes extremos a que puede descender el apetito, cuando no se da campo a las actividades superiores del hombre.

Aunque es la producción una de las funciones económicas, como de la industrial se pasa a la artística, no hay inconveniente en que las unamos aquí, si bien invirtiendo algo el orden natural de sucesión de los fenómenos sociales. Los españoles en su afán de acumular riquezas, y con las ideas desconcertadas de la época, descuidaron por completo la agricultura y la explotación de las grandes riquezas florestales que estaban a su alcance, para dedicarse a la minería. Las industrias que exige toda vida en comunidad no podían tomar vuelo, porque la población, donde crecía, crecía con lentitud; y el monopolio de la Metrópoli vigilaba además, para cortarles las alas. Se producía, porque era necesario producir; pero no se adelantaba, no se inventaba. A los dos siglos y más de poblada la América, las industrias introducidas por los españoles no habían avanzado un paso. Habían caído en manos de la población servil, porque los conquistadores y sus descendientes, los empleados y los mercaderes que, a poco, se hombreaban con todos, desdeñaban los oficios, que llamaban viles y bajos. Los indios infelices que trabajaban a palos en los obrajes, los pobres negros y los mestizos depreciados, sin capital, sin letras, sin espíritu de asociación, ¿cuál adelanto habían de imprimir a las artes que producen las comodidades que hacen más fácil y bella la vida? En las minas y en las plantaciones el hombre era la máquina, todo se hacía a fuerza de brazos, y el engranaje de las ruedas se lubrificaba a fuerza de sangre. Había mina, cuyo nombre lúgubre es toda una historia sombría, como la de Matagente, en Cerro de Pasco. Al revés de lo que demanda la industria civilizada, un mínimum de provecho se obtenía con un máximum de esfuerzo. El esfuerzo lo hacían millares y millares de siervos, a quienes se dejaba lo suficiente para no morir de hambre, como gran provecho. Naturalmente la industria minera estuvo siempre en mantillas. La agrícola no despierta hasta el siglo XVIII; y aun entonces con tal lentitud, que cuando Humboldt arriba a Venezuela, le parece un desierto. Todo lo halla inculto, el suelo y los hombres.

Si el tronco es tan endeble ¿qué flores han de producir las

ramas? Ingenio natural, sentimiento estético no faltan; pero se carece de todo lo que alimenta la verdadera producción artística. En algunas capitales el culto era pomposo; pero, con singulares excepciones, cuanto trascendía a la esfera del arte, cuadros, orfebrería, ornamentos, todo era exótico, provenía de Europa. Versificadores gongorizantes abundan; verdaderos poetas hay pocos, y su inspiración se atrofia; si no logran emigrar como Ruiz de Alarcón. Algunos pintores en México, alguno que alcanza fama de escultor, como el limeño Baltazar Gavilán, eso es lo que produce en América la cultura española, aun en la época misma en que en España florecen sus grandes escuelas de pintura, y en que todavía su exuberante teatro no ha comenzado a agostarse.

Lo que la vieja nación había trasplantado a sus nuevas dependencias era el escolasticismo ergotizante de sus vetustas universidades, las sutilezas de su teología huera, el fárrago indigesto de su jurisprudencia caótica y el ciego empirismo de una mal llamada medicina, que iba a estudiar al hombre en infolios polvorosos, cuyo idioma no entendía. Porque todas esas sedicientes disciplinas se profesaban en latín. Es de saber que en las aulas americanas se enseñaba, aunque mal, la lengua del Lacio; pero en cambio no se enseñaba, ni bien ni mal, el castellano. De las ciencias exactas apenas se conoce el nombre. Su estudio no comienza a abrirse paso hasta el siglo XVIII: hay países, como Venezuela, donde no empezaron a estudiarse hasta principios del actual, y reducidas a nociones superficiales de geometría plana. Los vecinos de Caracas, La Guaira, y Puerto Cabello quisieron tener cátedras de matemáticas y pilotaje; el gobierno supremo no lo permitió. ¿Para qué? El programa de estudios de un americano, según lo concebía la mente de un español, está sintetizado en la célebre frase del virrey Gil de Lemos: "Leer, escribir y rezar". Y entendámonos: eso de leer y escribir, con muchas restricciones; porque solamente en las villas y ciudades populosas había escuelas. La casi totalidad de la población ignoraba hasta los rudimentos de letras. A los indios se les enseñaba a rezar, como se les catequizaba: en montón. El cura los reunía algunos minutos los días festivos, les hacía repetir en coro algunas oraciones en lengua para ellos desconocida, y sin más explicaciones, ni esclarecimientos, los encerraba a trabajar para la iglesia y su pastor.

Las mismas llamadas universidades eran pocas y estaban diseminadas en un continente extenso y en lugares difícilmente accesibles. El gobierno de la Metrópoli, lejos de propender a

su difusión, les ponía trabas. A los habitantes de Mérida de Venezuela que, en los comienzos de este siglo, pidieron universidad, se la negó Carlos IV; y el ministro que comunicó la negativa, la justificaba diciendo con envidiable candor: "que S. M. no consideraba conveniente el que se hiciera general la ilustración en América." Los amargos frutos de este abominable sistema comenzaron a recogerse pronto. Cuando llegó el caso de que los pueblos de América aplicasen a sus propios asuntos las luces adquiridas bajo la tutela providente de su gobierno paternal, se vió en muchas provincias de un virreinato tan vasto como el de Buenos Aires, que no se encontraban cuatro personas que hubieran cursado los estudios legales. Así lo atestigua el docto Sarmiento.

Estudia el hombre para conocer el mundo en que vive y para conocerse a sí mismo. Por uno u otro camino llega a una concepción más o menos simbólica del universo, y del individuo como parte activa de un gran todo. Si no llega a ella por los largos rodeos de la inducción, va de un salto por la fantasía que luego sabe tejer la maravillosa tela de la dialéctica; y cuando no, el sentimiento lo auxilia para levantar su fábrica imaginativa. A los que la ciencia no da una clave, más o menos ajustada, del mundo, se la da el arte o se la da la religión. De todos modos las creencias respecto al origen y evolución del cosmos, o a la creación y gobierno del mundo, como dicen otros, son uno de los grandes exponentes de la cultura mental de un pueblo. España se jacta de haber cristianizado la América. En cualquier sentido, resulta falsa esta especiosa aseveración. Lo que España introdujo en el Nuevo Mundo fué la caricatura de una religión, fué un fanatismo desapoderado, una mezcla híbrida de supersticiones superpuestas y de ritualismo vano. La antigua doctrina de la justificación por las obras ha tenido siempre para los españoles un sentido literal estrecho, que la desfigura y desvirtúa, y la convierte en elemento corruptor. Han entendido por obras las manifestaciones externas, el culto, el cumplimiento rutinario de las prácticas de devoción, las ofrendas, la erección de templos, y cuando mucho la distribución de limosnas sin elección juiciosa, sin previsión bien encaminada. El hombre interno podía ser un malvado, uno de esos lobos carniceros que dieron sobre los indefensos aborígenes de América; con tal de que asistiese a misa, pagase el diezmo y entrase a última hora en composición con el Juez Supremo, mediante una manda piadosa, sus cuentas estaban en regla, tanto para éste como para el otro mundo. El cristianismo fué en América para

los seglares de la clase superior una cómoda almohada en que dormir el último sueño, libres de las visiones tormentosas de sus conciencias manchadas por los vicios, cuando no por el crimen. Para los religiosos, un muro inexpugnable, a cuya sombra podían dar rienda suelta a todas las pasiones, desde la gula bestial hasta la ambición satánica. Para el pueblo una máquina más de opresión, que le exprimía la sustancia, en trueque de quiméricas promesas. En realidad todo el cambio para el indio consistía en que sus fetiches habían mudado de nombre o de forma. Los frailes les vendían los amuletos con el nombre de bulas; y los evangelios servían para hacer ensalmos. El clero, los encargados de la cura de almas, no se desdeña de explotar su ignorancia fanática, sus groseras ideas de la supervivencia, y convierte sus ofrendas a los muertos en fuente de rentas pingües. La conmemoración de los difuntos producía centenares de pesos a los párrocos más pobres, por la venta de lo que depositaban los indios sobre la tumba de sus familiares.

En vano sería querer encontrar verdadera organización moral en países donde no podía existir la conciencia de la solidaridad humana. La población estaba dividida en castas, con tanto rigor como en la vieja sociedad brahmánica; y con sus descastados, que eran verdaderos parias. La clasificación que ha intentado hacerse de la población del Perú, resulta un extraño mosaico: había blancos europeos, blancos americanos, indios, negros, mulatos, mestizos, chinas, cuarterones, quinteros, zambos, zambos-chinos, chinos-cholos y como unas quince variedades más. Las clases superiores estaban perfectamente acantonadas en sus privilegios; los españoles dominaban, los criollos blancos vegetaban en la holganza, los negros y los indios penaban en esclavitud, la turba de los mestizos de todo color pululaba en los oficios más humildes, sin horizonte y sin aspiración. Entre los españoles y sus descendientes había igualdad legal, pero destruída por lo que ha llamado un publicista francés desigualdad de favor. Entre los blancos y los de color la desigualdad estaba rigurosamente mantenida por las leyes. Ni la religión los igualaba. Las funciones sacerdotales les estaban vedadas tanto como los empleos públicos; ni siquiera un beaterio pudo subsistir en Lima para las hijas de los indios principales. Los que estaban arriba pesaban con toda su fuerza sobre los que estaban abajo. La ley para éstos era la sumisión; cifra y compendio de todas sus virtudes sociales. En los criollos el orgullo pueril hacía las veces de dignidad. Aquellos hombres que tenían conculcados todos sus derechos, y no parecían adver-

tirlo, removían el cielo y la tierra por una cuestión de precedencia. Su honra estaba pendiente del más nimio detalle de etiqueta. Donde la vida y la *libertad* humanas eran cosa baladí; donde el hombre estaba siempre degradado a la categoría de instrumento, para el lucro o para el placer; donde el favor o el azar eran la puerta de la prosperidad; donde las leyes ponían al súbdito en el caso de apelar al fraude, al cohecho o a la fuerza, para restablecer de algún modo la normalidad que violaban, ¿qué sanas costumbres podían formarse? ¿ni qué grandes fuerzas morales podían vigorizar un cuerpo social atacado por tantos gérmenes ponzoñosos? Los españoles habían fundado en sangre su dominación y con sangre la habían amasado. Habían obtenido fáciles riquezas, sometiendo a millares de semejantes suyos a la más cruel esclavitud. La *violencia y el imperio sin contraste* en medio de la abundancia relajaron por completo sus costumbres, tan pronto como cesó la era de los peligros inmediatos. Los vicios nacionales, como el juego, fueron una verdadera plaga para las colonias de América. Lima, La Habana y México sonaron en el mundo cual garitos famosos; antes que las ilustraran de modo más noble el saber, la industria y las virtudes de sus hijos. Para prosperar en el comercio, a pesar del monopolio, el único medio era el contrabando, al que debió su primera importancia Buenos Aires. Para abrir el santuario de la justicia, la llave maestra era una talega de onzas de oro.

No podía ser de otra suerte donde el privilegio sustituía al derecho, y el privilegio significaba impunidad. Hoy el ciudadano se ampara de la ley común, y se siente seguro. En la América de entonces cada cual procuraba ponerse a cubierto, bajo un fuero privilegiado. Como si fuese poco peligro para el sosiego personal el dédalo de los códigos y la maraña de los procedimientos, los diversos tribunales y las distintas jurisdicciones se mezclaban y chocaban, paralizando la acción sana de la ley, y dejando paso únicamente a los perjuicios y vejámenes de que era víctima todo el que no tenía un padrino poderoso en la corte del Virrey, en el palacio de la Audiencia o en el convento que hacía sombra a uno y otra. No había en las colonias verdadera vida jurídica, sino vida curialesca. Pleitear no era una penosa necesidad, sino una costumbre, casi una distinción social. Explotando la vanidad de unos y la codicia de otros, el curial estaba seguro de que nunca le faltaría rica cosecha de procesos. Depons dividió la población de América en dos clases: los que se arruinan pleiteando y los que se enriquecen con los pleitos. La elasticidad de la ley, que sólo era estrecha para las

cosas nimias, como el vestido de los magistrados, daba lugar a que se perpetuaran los litigios, con provecho exclusivo de la curia. Nadie extrañaba que un pleito durase diez años, cuando los había que duraban veinte y hasta que pasaban del siglo. Verdad o leyenda, hubo en el Perú quien puso pleito a Dios.

Hablar de libertad civil en un país cuyas funciones jurídicas pueden colegirse de lo que he mencionado, sería un mero contrasentido. Al dar un paso y entrar en la esfera política, ya podemos presumir la perspectiva que se ha de presentar a nuestros ojos. La vida política se concentra y sintetiza en la dirección metódica de la sociedad por sí misma. En Hispano-América no había vida, sino lo más próximo a la muerte, la parálisis política. El imperio colonial de España debía ser una inmensa máquina, cuyo motor estaba en Madrid. Que alguna de estas lejanas dependencias hubiera intentado tener la menor iniciativa en el asunto más privativo habría parecido tan monstruoso a los leguleyos del Consejo, como que una rueda echase a andar por sí sola. Desde California hasta el Cabo de Hornos no debía haber más que una voluntad, la del rey de España; y ninguna conciencia. Millones de hombres debían vivir hipnotizados con la idea terrible de aquel poder omnímodo y remoto, menos accesible que el misterioso Mikado, menos visible que el velado Profeta de Khorasán, envuelto en nubes como Jehová, y como él armado del rayo. Era el despotismo en su forma más terrible; porque el déspota no era un hombre, sino un símbolo, a quien no se podía amar, ni aborrecer, sino sólo temer. Ni siquiera tenía nombre; cuando lanzaba una ley o una ordenanza, firmaba: Yo, EL REY.

Como todo poder absoluto, el de la corona española era suspicaz y receloso hasta el último límite. En sus relaciones con sus agentes de América no tenía más que una inspiración: la desconfianza. Contrasta lo extenso, lo ilimitado de su poder, con los temores que siempre abrigó y en todo demostraba. Desconfió del conquistador y de sus hijos, a quienes despojó de todo poder efectivo; desconfió del virrey, a quien rodeó de fausto y escatimó la potencia, suscitándole poderes rivales en la judicatura y la Iglesia; desconfió de éstas, y fomentó sus emulaciones y querellas; desconfió de los pueblos, a quienes mantuvo separados entre sí y sumidos en la ignorancia y el fanatismo. Para lo único que abrió la mano fué para dejar que las diversas jerarquías agobiaran cuanto tenían debajo. Todo el que se empinaba algo tiranizaba y esquilmaba al que quedaba postrado. El esclavo gemía bajo el látigo de su amo; el indio mitayo bajo el

poder del poseedor de la mita, el indio sometido al repartimiento entre las garras del corregidor, y toda la población pechera y servil bajo la férula de la Iglesia, tan codiciosa y desapoderada como el fisco.

Dondequiera que hubo un brote de actividad pública, España acudió a sofocarlo. Los cargos municipales, al principio electivos, fueron muy pronto de nombramiento real y hereditarios. La nobleza criolla no pagaba con ningún servicio sus menguados privilegios. Consumía sus riquezas en la holganza forzosa y se iba depauperando físicamente hasta llegar a la miseria fisiológica. Las únicas palpitaciones de vida pública en esos grandes cuerpos anémicos eran las facciones enconadas, en que por el más fútil pretexto se dividía la población, acaudillada por vecinos principales o por frailes demagogos.

Porque el despotismo español suprimió en América la sana actividad social, que se encamina a realizar el bien del procomún, su mejoramiento y progreso; pero no pudo suprimir la naturaleza humana, y la necesidad de acción tomó los canales que encontró a su alcance. No hubo partidos políticos, pero hubo banderías; no hubo representantes del pueblo, pero hubo parásitos de los grandes; no hubo asambleas, pero hubo camarillas. No se defendieron derechos; pero se disputaron privilegios. Una elección de provincial en un convento, llegaba a poner en peligro el orden público, y por proteger el derecho de asilo en un templo y hasta en la casa de un eclesiástico se amotinaban los frailes, y se vieron en las calles de Lima turbas de monjes furiosos, como en las de Bizancio.

El poder español, que se ha creído tan fuerte, por su tiranía inicua y por los desmanes que patrocinaba, fué un fermento incesante de discordia en los pueblos americanos; que no le debieron en puridad ni el sosiego material. Cuando no los amagaban los enemigos exteriores, corsarios o filibusteros, los conmovían las convulsiones intestinas. El estado de insurrección fué crónico en los dominios americanos: al principio se rebelaban los españoles porque no los dejaban oprimir, y después se rebelaban los indios, porque los oprimían.

Si estos chispazos, precursores del gran incendio, no se propagaban más era porque no en vano se había procurado atrofiar las mejores actividades del espíritu. ¿Qué podía haber en la conciencia colectiva de esta masa humana, tan poco homogénea y coherente? Un solo principio, que con feliz concisión presentó en su día el manifiesto de Chilpancingo: "la costumbre de obedecer, heredada de los mayores." Pueblos sumisos que

se revolvían inquietos en su lecho de espinas, sin saber lo que deseaban, ni acabar de formar la resolución de incorporarse, ésta es la historia de tres siglos de colonización española.

Eran necesarias fuertes sacudidas para vencer ese marasmo, era necesario un fermento eficaz que pusiera en ebullición las fuerzas aletargadas. No provinieron de España; pero sí a causa de España. Al mediar el siglo XVIII se inició una crisis en su imperio trasatlántico, preparada y fomentada luego por sus guerras insensatas. El bosquejo anterior, que demuestra el fracaso colonial de España en el continente, nos permitirá comprender mejor las causas y los resultados de la revolución emancipadora, y nos dará los datos necesarios para llegar al cotejo que es el fin primordial de mi trabajo. Esta será la materia de su segunda y última parte.

El camino ha sido escabroso. Hemos llegado a una encrucijada. Veremos cómo el mundo hispano-americano tomó al cabo el rumbo, que a través de grandes, espantosos peligros y a costa de penalidades sin cuento había de guiarlo a paraje más llano y seguro, donde, dueño de dirigir sus esfuerzos, había de ser y podía ser responsable de sus errores, como beneficiado por sus aciertos. Y veremos también que siendo ésta la única situación digna de los pueblos que se estiman, tienen conciencia de sus fuerzas y aspiran a dirigirlas al progreso, hicieron bien en lanzarse por la tremenda ruta, por donde hoy los sigue, con grande y noble confianza, el pueblo cubano.

XI

EL FRACASO COLONIAL DE ESPAÑA

II

PERIODO REVOLUCIONARIO

CONFERENCIA DADA EN STEINWAY HALL, LA NOCHE DEL 3 DE DICIEMBRE DE 1896.

Señoras y señores:

COMO se engarzan unos en otros y unos a otros se suceden los eslabones de una cadena, así los sucesos, que constituyen la historia de las sociedades, se van engranando e inflexiblemente los posteriores se derivan de los anteriores. El imperio español de América, fábrica aparatosa en lo exterior, cuando se veía a distancia, endeble trabazón de maderas carcomidas, cuando se veía por dentro, estaba destinado, por los antecedentes que he expuesto en mi conferencia anterior, a consumirse y fenecer en el marasmo, o a agitarse en convulsiones tremendas, hasta disgregarse. Todo dependía de que permaneciese entregado a sí mismo, si se realizaba el absurdo pensamiento de tenerlo secuestrado; o de que algunos rayos de la luz exterior viniesen a poner en fermentación los detritus acumulados en tres siglos de obscuridad.

Los españoles no se habían dado cuenta de lo que debía haberles enseñado la facilidad de su conquista, que atribuyeron siempre, con su habitual modestia, a su bravura y heroísmo. No advirtieron que esos pueblos, que habían sido presa tan fácil

de un puñado de aventureros audaces, estaban afeminados por el despotismo y embrutecidos por la superstición, eran agregados humanos incoherentes, que no podían ofrecer resistencia eficaz a ninguna sacudida violenta; y estaban siempre, por lo mismo, al borde de la revolución, ya proviniese de una conquista afortunada, ya de una insurrección victoriosa.

Nada habían dicho a su inteligencia las perennes revueltas que seguían los pasos de los conquistadores; como para enseñar a España, desde el principio, la imposibilidad radical del gobierno a distancia. Los más insignes entre aquellos capitanes fueron los primeros rebeldes: Hernán Cortés contra Diego Velázquez; Gonzalo Pizarro contra Blasco Núñez Vela. La historia de la conquista no es sólo un relato horrible de crueldades bárbaras y carnicería de indios, sino de traiciones, desacatos y rebeldías de los aventureros contra los representantes de la autoridad. Caso hubo, como el del gobernador Antonio Sedeño, en Venezuela, cuyos crímenes llegaron a llamar la atención de la Audiencia de Santo Domingo, y que se apoderó del fiscal Frías, comisionado para indagarlos, y lo entregó a la voracidad de las fieras. En cada ocasión grave, España transigía con la necesidad del momento, buscaba algún subterfugio con que salir del aprieto, pero no sacaba ningún provecho de la dura lección, y perseveraba en sus ideas y sistema. Lo único que aprendió fué a desconfiar, y la desconfianza hizo que se obstinase con más ceguedad en acaparar el poder efectivo sobre las nuevas sociedades, y en privarlas de toda iniciativa.

Como logró envolver el Nuevo Mundo en obscuridad y silencio, creyó que podía desentenderse de todos los síntomas de descontento en los aborígenes reducidos a servidumbre. Hasta se ha jactado de haberlos mantenido en paz durante siglos. Era la paz del volcán que se duerme, pero que se sacude a intervalos en conmoción violenta o lanza llamaradas, que a las veces corren en voraz incendio. Desde la resistencia de Hatuey y la sublevación de Enriquillo hasta la formidable insurrección de Tupac Amaru, los anales de las colonias están manchados de sangre, derramada por los indios conducidos al paroxismo de la ira por la tiranía desapoderada de los españoles.

Mientras todo se transformaba en torno suyo, las industrias, las ciencias, las leyes, las ideas, España permanecía ciega y adherida, como pulpo colosal e inerte, a la vieja roca de la tradición. Este es el nombre con que sus escritores pintan y doran la rutina. El resplandor inmenso de ese gran siglo XVIII, que es y será uno de los más altos faros de la humanidad, la deslum-

bra y la asusta, como el anuncio de siniestro incendio. Los nuevos reyes extranjeros tratan de sacudirla de su letargo; pero comprenden pronto que es empresa vana, y la dejan postrada a la sombra fatídica de sus claustros ruinosos y de sus universidades anacrónicas. La escasa actividad que encuentran en la nación, la malgastan en guerras dinásticas, en provecho de la ambición de su familia.

Esas guerras, que consumaron la ruina de España, fueron el principio de la libertad de América. Mientras Inglaterra y Francia se libraban sus grandes batallas, por la posesión del imperio colonial del mundo, España, engreído dueño de los más vastos dominios trasatlánticos, se convertía en satélite de sus antiguas rivales, y propendía, sin sospecharlo, a limar los débiles eslabones de la cadena con que pretendía tener ceñida la América. Esas largas guerras marítimas desconcertaron su añejo sistema de comunicaciones con el Nuevo Mundo. Hicieron tan insegura la navegación del océano, y redujeron de tal modo el número de sus barcos de guerra y mercantes, que fué imposible mantener las severas prohibiciones que secuestraban los puertos americanos. El contrabando había roto las primeras mallas de su red de absurdas y crueles ordenanzas. La necesidad la dejó reducida a jirones.

Aunque a duras penas, con la terca obstinación del que hace con lentitud y por sacudidas lo que se ve forzado a hacer, el gobierno español fué consintiendo que abordaran buques extranjeros a ciertos puertos americanos, y fué permitiendo que el comercio regular de las colonias se hiciese con cualquier plaza de España. No se salía del privilegio, pero se ampliaba su esfera de acción. Se adelantaba paso a paso, pero algo se adelantaba. Primero fueron los comerciantes de Saint Malo; luego los ingleses por el famoso *Asiento;* más tarde los holandeses, que se alzan casi con el comercio de Caracas. En 1765 se autorizó el comercio de toda España con las Antillas, mediante una tasa de 6 por ciento, sobre el cargamento. En 1768 se abre un poco más la mano, y se extiende el favor a Louisiana. En 1770 entran en el gremio de los afortunados Campeche y Yucatán. Ocho años más tarde sopla la suerte hacia la América del Sur y Guatemala. En 1788 el magnánimo don alcanza a Nueva España. Casi un cuarto de siglo necesitaron los covachuelistas de Madrid para completar una reforma, cuyos beneficios se habían recogido desde los primeros momentos. Un sagaz colonista, Leroy Beaulieu, hace notar la desconfianza que preside a ese importante cambio. Se empieza por las colonias más pobres;

y sólo al cabo de tiempo se llega a empellones a los ricos virreinatos. Por entonces también, y por la misma causa, se destruyen las barreras legales que impedían el comercio intercolonial. Ya los americanos podían traficar unos con otros, si encontraban vías y medios de comunicación.

Apenas se transfunde esa nueva sangre en el organismo anémico de las colonias españolas, cobran vida y actividad. El cambio es portentoso. Las colonias se enriquecen; y si España no aprovecha todo lo que debiera en el cambio, es por el atraso inconcebible de sus industrias y la postración de su marina. Sin embargo, le basta servir de intermediario entre los productores extranjeros y las colonias, para recoger no escasos proventos. Cuidaba de recargar los productos a la entrada y salida de su territorio y luego cuando llegaban a América. Eran tres puertas, y en cada una se pagaba el correspondiente portazgo.

A pesar de todas estas embarazosas trabas, el movimiento comercial creció a ojos vistas. En Cuba, los ingleses habían proporcionado a los españoles la más elocuente lección, durante los once meses de su mando en La Habana, abierta por ellos al comercio franco. Setecientos veintisiete buques mercantes penetraron durante tan breve período en ese puerto, que en los años de más actividad recibía catorce o quince. Pero con los ingleses se fué la libertad mercantil; y ya en 1765 todo el comercio de Cuba empleaba apenas seis buques en el año. Abierta la brecha por el decreto de esa data, el tráfico se anima de tal modo que en 1778 pasan de doscientos los buques que comercian con la Isla. La exportación había quintuplicado. Cuando se extiende al fin la relativa franquicia a toda la América española, encuentra reducido su comercio con la Metrópoli a menos de siete y medio millones de pesos anuales. A los diez años era ocho veces mayor, pasaba de cincuenta y cinco millones. Como resulta siempre que se deja más libre juego a las fuerzas naturales, el desarrollo de las diversas colonias tomó la dirección más adecuada en cada caso, y la prosperidad correspondía al buen empleo de la actividad. Los países esencialmente agrícolas, como Venezuela, presenciaron el auge de sus plantaciones. La crianza de ganados promete ya pingües riquezas a los riberéños del Plata. Mientras que en los países divididos en zonas claramente diversificadas, como México, coexisten con igual pujanza la minería, la agricultura y el pastoreo.

Pero ese cambio saludable, ese vigor que despunta y ofrece tan opimos frutos, no tienen otra significación para los dominadores metropolitanos, sino que les brindan propicia ocasión para

recoger cosecha más abundante. La inconcebible política colonial de España, que parece consistir únicamente en ver donde despunta la mies, para segarla, se afirma una vez más. Apenas se inicia la prosperidad, acude el gobierno con un aumento considerable de tributos. Un plan elaborado en París por el ministro francés M. Choiseul es acogido por los dóciles consejeros del rey de España, e introduce la perturbación en toda América. El desasosiego llegó a tal punto, que hubo lugares en Cuba donde los agricultores prefirieron destruir sus plantíos, antes que someterse a las exacciones del fisco. En México y en Quito rompen los habitantes en abierta sedición. Años adelante, por la misma causa, los arequipeños en número de dos mil se van a las manos, en campaña cerrada, con las milicias reales. En el Cuzco se trama una vasta conspiración, que cuesta la vida a don Lorenzo Farfan y a un indio principal, que fueron ejecutados como jefes del movimiento.

Por su parte el pueblo español ni es más generoso, ni más previsor que su gobierno. Los mercaderes de la Metrópoli ponen el clamor en las nubes, a cada franquicia que se concede a los extranjeros en el comercio de América, o por poco que se abra la mano para los comerciantes de las colonias. Sus quejas son tan enérgicas, que en 1784 se vuelven a cerrar los puertos de América a las naciones amigas, con tan dura severidad que se prohibe la entrada de los buques, hasta en caso de naufragio. En 1778 el rey liberal, tan loado por los españoles, el gran Carlos III dicta la ley recopilada de Indias, por la que se renueva en términos perentorios la prohibición de ningún género de tratos con extranjeros "aunque sea por vía de rescate n cualquiera otro comercio, pena de la vida y perdimiento de todos los bienes a los que contravinieren."

Con iguales vacilaciones y con el mismo recelo procede el gobierno en lo que se refiere a la cultura mental de países cuya riqueza estaba demandando mayor suma de luces. Algunos habitantes promueven la erección de academias y otro centros de enseñanza superior, como la escuela de minería de México, el observatorio astronómico de Bogotá, único en toda la América española, la escuela de dibujo de Guatemala, el colegio de San Carlos de Lima. El gobierno lo consiente, aunque con desagrado, y desvirtúa más tarde las concesiones o las mutila. Se siente impulsado, pero resiste cuanto puede. El resultado es que sólo él no cambia de espíritu, cuando se producen en el Nuevo Mundo tantos cambios que demandan nuevos ajustes de las condiciones sociales.

A las viejas familias señoriales que, a la sombra de los privilegios, habían amasado enormes fortunas, se vinieron a sumar las que se enriquecieron al relajarse los lazos que ataban el comercio americano. Al lado de un marqués de Fazoaga o de un conde de Valenciana, cuyas rentas se cifraban por millones, se ven aparecer otros enriquecidos, cuyos bienes no hacen mal papel, aun en cotejo con esas fortunas fabulosas. Y debajo hay no pocos que nadan en la abundancia, cuando no en la opulencia. Toda esa clase, importante por la gran fuerza económica que representa, vive ociosa, apartada de las funciones públicas.

En las naves extranjeras venían las ideas exóticas, que encontraban tan abonado terreno en esa juventud criolla, rica y desocupada. A pesar del Argos inquisitorial, a pesar del Indice expurgatorio, que declara los libros inficionados, a pesar de la proscripción expresa de obras determinadas, como la hecha por el virrey caballero de Croix de las producciones de los enciclopedistas, y quizás por todas esas mismas prohibiciones, la gente principal lee con avidez, aunque a hurtadillas; lee los economistas, los políticos y los filósofos que van sembrando por el mundo los gérmenes de un nuevo estado social. En libros prohibidos se nutren inteligencias, como la de Miguel José Sanz en Venezuela, como la de Hipólito Unánue en el Perú, lumbreras del período colonial. A escondidas se forman los futuros publicistas, los Egaña, los Rivadavia, los Nariño, los Torres, los Yánez, los Ustáriz. En centenares de cabezas bulle el anhelo de distinguirse, el ansia de servir a la patria, y empieza a despuntar el convencimiento de que sus deseos son estériles, si antes no recaban para ella la libertad.

España permanece ciega y sorda. Ni las representaciones de los criollos, ni los consejos de hombres sagaces, como el francés Vauban o el español Aranda, ni el sacudimiento tremendo de la América inglesa, ni las convulsiones parciales de sus propios súbditos americanos, continuas en todo el siglo XVIII, bastan para arrancarla de su amodorramiento invernal. Lo que anhela es atar más corto esas manos que se tienden hacia ella, y apagar esas luces que se encienden a pesar suyo. Más que nunca propende a dividir las clases en América, y a sostenerse en sus propios funcionarios. En vez de ganarse la voluntad de los americanos influyentes, ricos e ilustrados, abriendo campo a su actividad, llamándolos a las funciones públicas para que eran tan aptos, con provecho de países en que habían nacido y cuya suerte habían de compartir, se la enajena por completo con su desconfianza, su exclusivismo, su intolerancia y sus exacciones.

Mientras los criollos, como era natural, aspiraban a la dirección política de su propio país, España los mantenía en dura tutela, sometidos a todos los vaivenes de su política externa, obligados a soportar cargas tremendas y a sufrir terribles responsabilidades que no les correspondían. Eran menores para gobernarse, pero sin las exenciones de la minoridad, porque eran mayores para todas las obligaciones que España les echaba encima.

La vieja Metrópoli distante había dominado el mundo americano más por el prestigio que por su fuerza real. Como se había visto en un tiempo a Roma manteniendo en vasallaje, durante cinco siglos, innumerables provincias con unas cuantas legiones, se volvía a ver un continente entero obedeciendo por centurias a un poder extraño, que la distancia hacía parecer colosal, pero sin verdaderos elementos de coerción. Este fenómeno se hacía imposible, dado el cambio en las ideas que había experimentado la clase afortunada de la población americana, la que era capaz de ver y comparar. El divorcio de los espíritus, despiertos ya a la realidad, era irremediable. La revolución estaba ya hecha en las conciencias, y sólo necesitaba de la oportunidad, para realizarse en los actos y tomar forma en las instituciones.

Para comprender bien las grandes sacudidas que constituyen la revolución hispano-americana, y apreciar sus consecuencias próximas, no debemos perder de vista que fué una revolución esencialmente política, concebida, deseada y proyectada por una sola clase de la población, en países donde ésta se encontraba radicalmente dividida, para conquistar en su provecho la soberanía. Este es un proceso natural, que puede acortarse según los tiempos y las circunstancias, pero que se verifica siempre; porque no es posible saltar del despotismo absoluto a la democracia. No nos deben seducir las ideas que proclamaron muchos corifeos de la revolución, sin que esto sea poner en duda su buena fe. Su inexperiencia, su fervor y sus generosos sentimientos los disculpan. Pero no trato de aquilatar intenciones, sino de señalar hechos. Lo primero que inscriben los próceres de la independencia en sus manifiestos es la igualdad política. San Martín dió en 1821 un decreto, declarando que los indios tenían los mismos derechos que los blancos. La abolición de la esclavitud está en todos los labios. Sin embargo subsiste por mucho tiempo la desigualdad política, sigue por años la esclavitud doméstica y los indios gimen en servidumbre casi hasta nuestros días.

Aquí estamos realmente en el corazón de nuestro asunto,

en presencia del factor primordial en todo este accidentado proceso histórico. Apreciarlo bien, es tener en la mano el hilo que ha de guiarnos por el laberinto de las guerras de emancipación y de las posteriores convulsiones, hasta el terreno más llano y de horizonte más despejado a que al fin, cayendo y levantando, llegaron esos pueblos. Cuando la conquista pone en presencia dos o más razas completamente disímiles, y las obliga a ocupar el mismo territorio, la sociedad se divide en capas, en estratos superpuestos que se mezclan difícilmente, y que toman más o menos la organización de castas cerradas. El elemento étnico que ha conquistado domina y, de un modo u otro, se aisla dentro de sus privilegios. El resultado es que se forman distintas conciencias sociales. No hay una nación, lo que supone un alma colectiva, sino un grupo de señores y numerosas manadas de vasallos. Hablan al fin la misma lengua, porque sus palabras suenan de un modo semejante; pero no traducen los mismos pensamientos y no significan lo mismo. Parecen tener idéntica religión, pero nada hay más diverso que sus creencias. El contacto es puramente externo, y sólo sirve para corromper las costumbres y perturbar las ideas de la clase dominadora, sin levantar por eso a la dominada. La fuerza bruta produjo esa superposición de grupos humanos, y ella sola los mantiene juntos. Toda la vida social se orienta en el sentido de estos dos polos: dominación y sumisión.

En toda la historia moderna, en ninguna parte se presenta este fenómeno sociológico de modo tan marcado como en la América Española. Los dominadores atendieron sólo a dominar y a perpetuar su dominación. En sus instituciones políticas y sociales no buscaron sino instrumentos potentes y sólidas garantías para su predominio. Educar las razas oprimidas para irlas haciendo realizar un tipo social más elevado, no les pasó por las mientes. Aumentar de un modo considerable el elemento de población más civilizado, para acrecentar su energía social, y que el ejemplo de su mayor cultura fuera esparciéndose en el seno de las masas incultas, les pareció peligroso. Por esto a los tres siglos de la conquista, la población indígena no bravía continúa en plena barbarie, y toda la población de color vegeta en la degradación y la miseria. Muy por encima y muy lejos están los españoles y los criollos blancos, que se miran con aversión, y que están ya dispuestos a disputarse encarnizadamente el señorío de los otros, lanzándolos a pelear y morir para cambiar de dueños.

La masa que aspiran a mover y que al cabo impulsan es

tremenda. En el Perú, el setenta y cinco por ciento de la población era indígena, y del resto había que deducir los negros y las innumerables variedades de mestizos. En Bolivia el noventa por ciento era de color. En Venezuela el setenta y cinco por ciento. En México más del ochenta por ciento. A estas diferencias étnicas radicales, hay que añadir las producidas por las divergencias topográficas, las formadas por el estado industrial y por la distribución entre los campos y ciudades. En el Perú como en el Ecuador, el litoral y la región andina marcaban los límites de dos regiones étnicas. La población de las tierras altas, de sangre pura, apática, sumida en su somnolencia secular, contrastaba con la del litoral, híbrida, bullicicosa, dispuesta a seguir a un caudillo prestigioso en busca de novedades. En el interior de México y en las Pampas, la población no había salido del estado pastoral. El estado agrícola de Guatemala y Venezuela estaba caracterizado por la coexistencia en servidumbre de indios y negros. En las mesetas de México, Nueva Granada, Quito y el Alto Perú, el laboreo de las minas consumía la raza indígena, aislada por la naturaleza y la política. Los blancos se aglomeran en las poblaciones capitales, donde realizan una vida más intensa, donde se incuban las nuevas ideas políticas, donde se preparan los golpes de Estado y las revoluciones, pero sin mezclarse con la masa de la población servil, que explotan a distancia.

De aquí la absoluta indiferencia de ésta, que va de un lado a otro, como las olas combatidas por vientos contrapuestos, y sigue y obedece al más fuerte. De allí saldrán los terribles llaneros, los gauchos indómitos, los montoneros díscolos, que en un punto decidirán de la suerte de un imperio, en otro defenderán la ley y en otro ayudarán a violarla. Hoy bajo el estandarte real, mañana bajo la bandera de la república, a veces bajo uno y otra, el ínfimo pueblo americano va donde lo lanzan, con la inconsciencia de la mole, que un terremoto sacude, y rueda por la pendiente de la montaña. Es torrente desbordado tras Hidalgo, y tromba impetuosa en torno de Boves; se precipita heroica en pos del Gran Mariscal, y se le opone tenaz, en defensa del último virrey español, en la llanura gloriosa de Ayacucho. Sacadas violentamente del hondo surco en que penaron y gimieron por siglos, esas masas ignorantes y fanáticas derrocaron al cabo el poder secular que sobre ellas había gravitado, como hubieran podido cimentarlo más profundamente, si los jefes realistas no hubieran resultado al fin inferiores en inteligencia y corazón a los patriotas. Pelearon a la vez por la libertad y por

la esclavitud; y lo único que van a aprender de nuevo en esa ruda escuela de la guerra es a derramar su sangre, sin regatearla, por el caudillo que los seduce y deslumbra.

Cuando se disipó el humo de las últimas batallas, el aire estaba lleno de clamores de triunfo, y las voces de libertad y república se elevaban de millares de labios. La América estaba emancipada, e iba a constituirse, según sus propias ideas, para asegurar a sus hijos la vida del derecho. Sueño generoso, cuyo triste despertar fueron largos y terribles años de sangrientas discordias intestinas, de tiranías desapoderadas, de inmotivadas guerras entre naciones hermanas; constituciones que cambian como vistas disolventes; imperios efímeros, dictaduras de por vida; Chile dominada por una oligarquía a la veneciana; la Argentina hollada por los cascos de los corceles de sus gauchos; el Perú gobernado desde los cuarteles; Venezuela envuelta en guerras terribles por fútiles enmiendas constitucionales; México con sus diez cambios de forma de gobierno en cincuenta años y sus trescientas sublevaciones militares! Las funestas simientes sembradas por España daban sus venenosos frutos. Como en la leyenda helénica, los dientes del dragón, enterrados en suelo fértil, producían hombres armados que se combatían con furor ciego. Esos dientes eran el espíritu de casta, de dominación y privilegio; el ideal monárquico, que se esconde, pero deslumbra en lo íntimo de la conciencia; el hábito de explotación, que no pierde un momento su antiguo imperio.

La revolución exclusivamente política, había sido como esos vientos ahuracanados que despojan el árbol de flores y hojas, pero no quebrantan siquiera las ramas. Esos barren la superficie del mar, levantan y hacen chocar las olas que se coronan de espuma; pero no remueven lo hondo con su espesa vegetación y sus laberintos de duros corales, por donde pacen tranquilos los monstruos y las quimeras. En medio de aquel chocar y combatir de ideas y principios, a pesar de los cambios de programas políticos y de leyes, el viejo orden social conserva intactas sus más hondas raíces. La masa servil continúa en la servidumbre, en la miseria y la abyección. Los mismos instrumentos de opresión siguen aplastándola. Los agentes de la república y el clero de la república continúan torturándola y ultrajando en ella la dignidad humana. Vive en la misma oscuridad, por donde va a la ventura a caer ocultamente en el hondo abismo de la nada.

Los viajeros que recorren las colonias, a poco de su emancipación, encuentran a su paso el mismo triste espectáculo que describieron sus predecesores del período colonial. El aspecto

de las poblaciones revela la incuria y la miseria; la falta de policía es absoluta. En una capital tan importante como Lima los edificios públicos están en ruinas. Apenas se sale de las poblaciones de cierta importancia, ya no se tropieza sino con la miseria en su aspecto más deforme. Se recuerda el río de oro que ha salido, por siglos, de esos mismos países, y queda patente, sin rebozo ni atenuación, la iniquidad del sistema español. Un solo cerro del Perú, el del Potosí, había producido en 250 años más de 3.400.000,000 de pesos. En aquella comarca, en el país vecino, en todo el virreinato, no hay una sola obra de utilidad pública, que responda a la riqueza de ese Pactolo, que fué a fecundar tierras remotas, pero dejó estériles sus orillas. El estado de la industria es tal, que en todo el Perú sólo un vinatero sabía hacer vino a la europea. En el año de 1838 en la isla de Chiloé no se conocía el arado. Cuando el traductor inglés de las Memorias Secretas recorre en 1835 los mismos países que los sabios españoles un siglo antes, se queda dolorosamente sorprendido al encontrar el mismo estado social. Los indios eran llamados "bestiecillas de carga", para distinguirlos de las bestias grandes que eran las mulas y caballos. En el valle de Quito tropezó con una recua de indios, en que las mujeres cargaban a la par de los hombres. Entre todos se distinguía una anciana ciega con una carga de más de cien libras. Vió a los indios reducidos a servidumbre por la falta del pago de los impuestos, o bajo la potestad de su párroco, por no haber podido sufragar los gastos del entierro de un familiar. Los mismos vejámenes a la dignidad del hombre, que eran tan frecuentes en el siglo anterior, se reproducen a su vista. En Chillo va que un amo, por castigo, manda rapar la cabeza a unos indios; lo que es para ellos desde tiempo inmemorial el colmo de la ignominia. Los ve labrando la tierra durante los días festivos en la heredad del cura. Von Tschudi presencia en 1838 el embarque de una expedición chilena contra el Perú. Los soldados iban al barco atados y a empellones. La tiranía y las exacciones de las autoridades civiles sólo pueden compararse con el despotismo y la codicia de las eclesiásticas. Cuando Juárez decretó en 1861 la confiscación de los bienes de la Iglesia, ésta poseía aún la tercera parte del territorio mexicano y un capital de 375.000.000 de pesos.

No son únicamente los extranjeros los que miden el abismo de injusticia en que yace la masa de la población americana, con riesgo constante de la sociedad, que no puede sentirse segura sobre cimiento tan instable. Muchos nativos, hombres buenos

y previsores, verdaderamente liberales y patriotas, pintan el cuadro sombrío, con colores que espantan. Escritores peruanos son los que en 1867 nos revelan que el indio es todavía un siervo de la gleba. "El indio no puede variar de domicilio, dicen; donde nació, muere: más aún, donde nació su abuelo allí morirá hasta el último vástago de sus generaciones. El señor en cuyo poder nacieron tiene el derecho de contarlos como suyos, y ese derecho es trasmisible con el dominio en que viven." Al vender una finca se enumeraban los indios como las cabezas de ganado. Los que escapan a la férula del propietario de la tierra, caen bajo la de los caciques, subprefectos y gobernadores, que les imponen *faenas*, es decir, que los hacen trabajar para ellos, sin salario, con sus aperos de trabajo y pagándose su alimentación. Cuando un blanco les compra, el comprador pone precio al objeto del irrisorio contrato. Es el régimen español, en sus más mínimos detalles, casi al medio siglo de hundida la dominación española.

La sociedad es un organismo. La correlación que existe entre sus partes componentes no permite que estén dañadas las entrañas, sin que se resientan las extremidades. Las condiciones sociales forman la roca viva sobre que descansa el edificio social, cuya vistosa fachada son las instituciones políticas. Esas condiciones para los pueblos recién emancipados, eran la obra de la colonización española. Ellas explican su tormentosa historia posterior, y ponen al descubierto el origen de sus tanteos políticos, de sus errores económicos y de sus desgarramientos sociales. No estaba en sus manos, ni está en ningún poder de hombre, cambiar, como al toque de varilla mágica, aquella petrificación social, aquel inmenso conglomerado, para convertirlo de la noche a la mañana en un agregado humano homogéneo, coherente, con funciones regulares que le permitieran desarrollo armónico y progresivo. Las transformaciones sociales son lentas. La revolución, que emancipó políticamente la América española, realizó cuanto podía realizar; porque removió la ingente montaña que aplastaba un mundo. Desde entonces el cuerpecillo endeble pudo comenzar a bullir y a respirar con más facilidad; los miembros atrofiados por las ligaduras comenzaron a desperezarse, y entre una y otra convulsión espasmódica, aprendieron a ejercitarse con método; y el ejercicio fué llamando nueva sangre y nueva vida a todo el organismo. Los pueblos americanos dueños de dirigirse por sí mismos, abiertos al comercio del mundo, francos para el inmigrante laborioso, sin pantallas para la luz de las ideas, comenzaron en medio de sus tormentas

políticas su obra de restauración, que ha tenido y tiene que ser ante todo una obra de educación y reforma social. En ella están empeñados; unos llevan ya recorrido un buen camino, otros menos; a todos los acompañan por él los votos sinceros de los amantes de la humanidad, que si vuelven la vista con dolor y espanto hacia su pasado sombrío, saludan con júbilo el sol levante que envuelve y dora con nueva luz las cimas altaneras de sus famosas montañas.

Si después de conocidos los progresos que a costa de pertinaces esfuerzos han realizado al cabo las más de las antiguas colonias, alguna otra prueba se necesitara de que la ruptura de su vínculo político con la metrópoli era una necesidad primordial para su posterior desenvolvimiento, la historia de Cuba, en todo lo que va de siglo, la ofrecería colmada. Toda ella puede resumirse en una pugna tenaz entre el espíritu reaccionario de España, exacerbado por su inmenso fracaso en el continente, y el espíritu progresivo de los cubanos, estimulado por los ejemplos que tiene a la vista y por las nuevas condiciones de vida en que se desarrolla la civilización moderna. Vamos a encontrar aquí compendiada en pocos años la historia que acabamos de bosquejar. Vamos a ver de nuevo a España cediendo sólo a la necesidad, y dispuesta siempre a volver sobre sus pasos, abriendo a medias la mano, para volver a cerrarla con más fuerza, incapaz de aprovechar las ocasiones de enmienda, empeñada en vivir fuera de la realidad, y en explotar a Cuba en pleno siglo XIX, como explotó la América en pleno siglo XVI.

España conservó la Gran Antilla, en primer término porque los gérmenes de descontento no habían prendido todavía hondamente en el pecho de las clases acomodadas, que se sentían menos oprimidas que en el continente, a causa de la relativa insignificancia que entonces tenía la colonia. Pero después y sobre todo, porque los esclavistas del Sur de los Estados Unidos se sintieran amenazados por las ideas filantrópicas del Libertador, a quien ya veían rompiendo las cadenas de los esclavos cubanos, a las puertas mismas de sus ergástulas de Luisiana. Mr. Halmes y sus compañeros se erguían en Washington y cerraban el paso a las huestes de Bolívar y Páez, a quienes llamaban "bucaneros, ebrios con su recién nacida libertad." España se encontró, sin pensarlo ni merecerlo, con la más propicia oportunidad para reparar sus yerros. Lo que hizo fué aumentarlos y agravarlos.

Los cubanos, aleccionados por la experiencia que les permitió Inglaterra, demandaban, desde fines del siglo pasado, el comercio libre. Las guerras americanas habían obligado a España

a una prudente tolerancia, que se aproximaba a la libertad del tráfico. Pero a la voz de los monopolistas de Cádiz y Barcelona, las cortes liberales de 1821 vuelven resueltamente atrás, y redactan y publican sus célebres aranceles, en que invocando mentirosamente, como de costumbre, la igualdad, atan estrechamente el comercio cubano. Un patriota lleno de saber y autoridad, don Francisco Arango, logra por entonces contener el golpe; pero poco a poco vuelven a apretarse las mallas de la red, hasta que de 1847 a 1849 queda completo el sistema de exclusivismo y expoliación, que descansa en las cuatro columnas del terrible arancel bajo el cual ha gemido una y otra década nuestro comercio, obligado a abrirle brechas por el contrabando, con sus secuelas el fraude y el cohecho. Cuando el gobierno español finge destruir esta máquina de opresión, es para volver subrepticiamente al régimen del período colonial, por medio de las traídas y llevadas leyes de relaciones.

Con las riquezas que esparce el régimen de franquicias a principios del siglo, con las luces que se difunden a la par de la prosperidad en las clases acomodadas, se despierta en el espíritu de los cubanos el ansia de distinguirse en los servicios públicos y se prueba su amor a la libertad. Pocos pueblos de nuestra raza han demostrado, al dar sus primeros pasos en el camino del derecho político, más prudencia, más sagacidad, más recta apreciación de las necesidades públicas, más nobles sentimientos humanitarios. Difundir la instrucción en el pueblo, fomentar la agricultura y el estado industrial del país, resolver desde temprano y en el sentido más ventajoso el problema fundamental de la población, asegurar al país los beneficios de un régimen político verdaderamente liberal, son empeños que toman desde luego sobre sí los patricios que representaban entonces la cultura y el espíritu de progreso de los cubanos. La primera diputación provincial que se reunió en La Habana, después de restablecida la constitución, en 1820, encontró las mazmorras de la Cabaña atestadas de mejicanos, que se consumían allí esperando la muerte. Su primer acto fué poner en libertad a los más, arrancar de allí a los que restaban, y mandar que se tapiasen aquellos cubiles, donde más tarde habían de penar y sucumbir tantos inocentes compatriotas suyos, por el delito de amar a Cuba.

España juzga riesgoso para su dominación poner su confianza en esos hombres honrados e ilustrados. Mientras más se distinguen, más desconfía de ellos. Mientras más prueban su amor al país, más sospecha que le sean desafectos. Su política

se encamina a ligarles las manos, a contrariar sus designios, a esterilizar su fecundo trabajo. Los gobernantes españoles fomentan la división y la enemiga de las clases y desmoralizan el país, para cohonestar más tarde su opresión. Dividen para dominar, y corrompen para no encontrar resistencia a su despotismo. Cuando han logrado realizar su nefando designio, se quitan la máscara, proclaman sin rebozo su tiranía, y erigen un proconsulado romano en el seno de la América libre.

Desde 1794 ya se inquietan los hombres pensadores de Cuba con el problema de la esclavitud. En 1822 el noble Varela pide a las Cortes la abolición de esa institución funesta. Saco empieza poco después su gloriosa cruzada. Todos los espíritus previsores, todos los corazones generosos secundan esos esfuerzos. La contestación de España es lanzar sobre Cuba, desde 1800 a 1867,—950,000 negros africanos y 125,000 chinos. Este crimen de lesa política se agrava por los horrores que lo acompañan. La historia de la trata, en pleno siglo XIX, hace palidecer el recuerdo de todas las grandes fechorías humanas. En la soledad de los mares y en la soledad de los bosques, el hombre, cazador de hombres, se despoja de todos los atributos que ennoblecen nuestra especie, y es peor que el lobo, peor que la hiena, que matan por hambre. Por codicia infame o por miedo vil, el negrero sin entrañas sacrifica diez hombres, para lograr vender uno; y con la misma indiferencia deja perecer de hambre centenares de infelices emparedados en la bodega del barco pirata, o los abandona en la ciénaga para pasto de los cocodrilos. Una venda impenetrable cubre los ojos de las autoridades españolas, que tienen su tarifa para ser ciegos. Necesario fué que Cuba derramara su sangre a torrentes, para que el patriota cubano lograra imponer a España, como precio de la paz, la cesación de tanta iniquidad.

No es menor la pugna entre los cubanos y su gobierno de advenedizos, en cuanto se relaciona con la prosperidad pública. Por lo que pasaba en las ricas colonias del continente, puede colegirse lo que ocurría en Cuba respecto a vías de comunicación. Pero tan claro como el problema de la población, se presentó éste último al espíritu de los prohombres de Cuba. Un insigne camagüeyano, cuya inteligencia, como la del venezolano Sanz, se había madurado en el estudio de obras subrepticiamente adquiridas, Gaspar Betancourt Cisneros, concibe el primero, en todos los países de lengua española, la conveniencia de dotar a Cuba de ferrocarriles. Por sus esfuerzos, que pronto emulan los patriotas de la Junta de Fomento en la Habana, se

traza y empieza la más antigua vía férrea de la América española y de España. La sigue de cerca, para terminarse antes, el ferrocarril de Güines. Pero lejos de contribuir la burocracia dominante a esa innovación capital, el cuerpo de ingenieros militares hace cuanto puede por detenerla y embarazarla, informando que corre peligro la defensa militar de La Habana. Los empleados españoles, a quienes todas las novedades útiles asustan, sólo muestran la fertilidad de su inventiva en expedientes para extender y complicar el engranaje de los tributos, de modo que rindan como dos al erario público y como diez a sus cajas particulares.

En esta lucha que se repite año tras año, y que enciende la justa indignación del cubano, si la colonia no sucumbe, lo debe al espíritu progresista y tenaz de sus hijos, y a circunstancias felices del exterior que completan la obra lenta, pero segura, del tiempo. España no ha hecho sino estorbar sus adelantos, y, después de realizados a despecho suyo, tratar de aprovecharlos. El cubano, viajero y observador, ha ido por todas partes en busca de inventos que introducir en su patria, para mejorar y perfeccionar sus industrias, para hacer más confortable su vida. España ha estado acechándolo desde sus aduanas, para cerrar el paso al progreso. Todo va a chocar contra su arancel prohibitivo, desde el arado de vapor, que abre el surco para la espiga, hasta el adoquín, que pavimenta la calle para el tráfico. Cuando se advierte lo que ha trabajado y realizado Cuba, agobiada por la carga atlética de la dominación española, en medio de sus tremendas crisis económicas, provocadas por la impericia y la codicia de España, y de sus terribles guerras políticas, provocadas por la tiranía y la iniquidad de España, el ánimo se suspende al pensar lo que hubiera podido ser esa tierra bendita si la libertad hubiese guiado y alumbrado desde temprano sus firmes pasos.

Nuestros esfuerzos, sin embargo, no han sido estériles. En la lucha tremenda por el trabajo y el derecho, a que nos ha obligado España, el espíritu cubano se ha templado y su experiencia se ha enriquecido. El tiempo no ha pasado en vano para nosotros, y la luz que irradia en torno nuestro nos ha alumbrado, sin ofuscarnos. Al dar la última batalla a la tiranía española, tenemos derecho para aguardar, sin gran desconfianza, los días que sigan a la aurora del triunfo. Aunque rezagados en tantas décadas respecto a nuestras hermanas, hoy libres, nuestra situación es bajo muchos aspectos más auspiciosa que lo fué la suya.

El problema capital de la población se presenta para nosotros con los términos invertidos. No sólo es nuestra población absoluta mayor que lo era la de cualquiera de las antiguas colonias, excepto México, sino que el elemento de color está en gran minoría. El Perú, al hacerse independiente, no llegaba a millón y medio de habitantes; Colombia no pasaba de 1.300,000; Bolivia y Chile sólo se aproximaban al millón; Venezuela tenía 800,000; la Argentina, 600,000. San Salvador poseía la población actual de la ciudad de La Habana. Ha habido ciudades populosas en Cuba con la población de Uruguay y Costa Rica. A pesar de no haber contado Cuba con verdadera inmigración blanca, la raza de color apenas excede del 30 por ciento entre nosotros; y su estado no sufre comparación con el que presentaba en el continente aún muchos años después de la independencia. Su esfuerzo por elevarse en la instrucción y por morigerarse es una de las páginas más conmovedoras de nuestros anales, en los últimos veinte años. De su patriotismo hay ejemplos memorables desde el grito heroico de Yara hasta nuestros días.

Con los brazos y con el capital que tenía disponibles, Cuba ha realizado prodigios. Si el estado de su agricultura deja en muchos puntos que desear, el de su industria azucarera ha llegado a ser pasmoso. Su producción de un millón de toneladas de azúcar, en las circunstancias en que la arrojaba al mercado, es uno de los grandes esfuerzos de la industria humana.

Aunque España ha tratado de torcer el rumbo de nuestro comercio, la vecindad del inmenso mercado americano ha enseñado a Cuba lecciones que no podrá olvidar. Su posición geográfica y la calidad de sus productos la han puesto en relaciones con el mundo entero, que no han sido más amplias y regulares, por la intervención celosa de España. De las comunicaciones personales de muchos cubanos que han residido en el extranjero, y por la facilidad maravillosa con que hoy se difunden las ideas, ha resultado que la cultura artística, científica y jurídica, si no general, es extensa en Cuba. En las poblaciones, la vida que realiza el cubano alcanza un grado alto en la escala de la civilización. Y si no ha sido mayor, lo debe al sistema económico y político de sus dominadores. La conciencia política del pueblo cubano se ha fecundado, a costa de muy dolorosas experiencias y a la vista de muy elocuentes enseñanzas.

Por eso, si en nuestra primera revolución todavía pudieran encontrarse algunos caracteres de los que se observan en las convulsiones políticas que dieron libertad al continente; en la actual, la unanimidad con que el pueblo cubano, en los campos

y en las ciudades, en el interior y el exterior, ha respondido a la evocación del ideal de libertad, prueba la evolución completa que ha realizado su espíritu. El alma de Cuba, formada y concebida en el dolor de la esclavitud y de la derrota, se ha hecho visible, se ha hecho carne, en el heroico esfuerzo con que hoy arrastra a su pueblo, a todo su pueblo, a la lucha y al sacrificio.

Sobre este cimiento, amasado con sangre y lágrimas, se han alzado hasta ahora todas las obras duraderas. Tenemos razones para creer que la nuestra no será efímera. En la dura escuela del dolor, Cuba ha aprendido mucho. Y si, como hemos visto, llega a la liza en condiciones más favorables que los pueblos afines, que la precedieron, esperemos que su rudo aprendizaje le servirá para aprovechar sin jactancia lo que la favorezca, para enmendar con prudencia y fortaleza lo que la perjudique, cerrar los oídos a las seducciones de las doctrinas especiosas y los ojos al mal ejemplo de la conducta torcida, y ocupar su puesto en la pompa solemne de los pueblos, dueños de sí, que se dirigen a las alturas de la civilización, para disfrutar en paz de la vida del derecho, que ennoblece y humaniza.